

Cátedra de realidad nacional

Los 40 años de la UCA

Cuarenta años de vida y retos actuales de la UCA
*José María Tojeira S. I.**

Hablar de los 40 años de esta Universidad es recorrer el esfuerzo de mucha gente. Un esfuerzo coincidente básicamente en un punto: el mantenimiento de un horizonte ético y utópico para El Salvador. Las circunstancias han ido cambiando, a lo largo de los años, y el trabajo de la Universidad se ha ido adaptando a los sucesivos cambios. Las personas han ido variando, lo mismo que las carreras y las publicaciones. Pero el esfuerzo por mantener ese horizonte ha sido constante. El desarrollo del país y el desarrollo de las instituciones, la eliminación de la pobreza, la universalización de la educación, de la salud, del bienestar, la convivencia pacífica, que no necesita recurrir a la violencia para resolver los problemas, la construcción del Estado social y democrático de derecho, la búsqueda y aplicación de tecnologías, que permitan solucionar problemas de desarrollo, el apoyo sistemático al mundo del trabajo, incluyendo de un modo muy especial a la micro y pequeña empresa, las reformas sociales de esta sociedad nuestra, tan autoritaria y marginadora, todo ello y muchas cosas más, componen parte de ese ideal utópico y de ese compromiso ético. Y así, desde dentro, nos seguimos denominando como una Universidad para el cambio social, mientras que desde fuera abundan los que nos quieren y respetan, pero también los que nos ven en exceso críticos, o dado que somos Universidad privada, que necesita cobrar por sus trabajos, como un sector burgués. Tampoco faltan los que dicen que ya no somos los que éramos. En realidad, las posiciones de

* Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA). Discurso ofrecido por el Rector en la Cátedra de Realidad Nacional, el 10 de noviembre de 2005, en ocasión de los 40 años de existencia de la Universidad y en el marco del aniversario 16 de los mártires jesuitas.

crítica hacia nosotros han ido acompañando la historia de la UCA. Cuando llegué a trabajar a El Salvador, en 1985, y a trabajar fuera de la UCA, siempre me impresionaba que encontraba gente que me decía que la UCA era un nido de comunistas y, simultáneamente, otro grupo que me decía que la UCA se había quedado atrás, que no era verdaderamente revolucionaria. También, por supuesto, había mucha gente que al saber que era jesuita, me decía, sigan adelante, la UCA hace un gran bien. Me lo decían antes y me lo siguen diciendo ahora. Una constante en la alabanza y en el juicio crítico respecto a la Universidad que dura hasta ahora y que refleja, especialmente desde la parte crítica, tres cosas.

La primera que la UCA es difícil de clasificar, en una sociedad en la cual, con frecuencia, se tiende al fanatismo y a la polarización. Los ideales utópicos, en la medida en que exigen al mismo tiempo una gran imaginación para describir un futuro más justo, y un gran realismo para avanzar hacia ese futuro paulatinamente, en algunas ocasiones, con mayor rapidez que en otras, crean siempre problemas a quienes no desean cambios o a quienes creen que los cambios son cuestión de voluntad y de poder. En medio de ellos, la posición de la UCA ha sido siempre mantener muy en alto los ideales, denunciar con claridad lo que destruye valores humanos, estar al lado de las luchas de los pobres por su liberación, y dar todo paso, por mínimo que sea, que conduzca a una sociedad con mayor diálogo o a avances concretos. Evidentemente, desde nuestra propia realidad universitaria y desde nuestras limitaciones, que no nos permiten estar en todo de manera simultánea y de la misma manera. Al mismo tiempo que hacemos denuncias de peso, colaboramos en lo que creemos que puede ser favorable para el país. Podemos acusar judicialmente de asesinato a un ex presidente y presidente honorario del Partido ARENA y al mismo tiempo colaborar con un gobierno concreto de este partido, si creemos que de la colaboración puede salir un bien para el país. Recibir ataques de la derecha y de la izquierda es costumbre ya para la UCA. Utilizar los muertos de la UCA, que cuando estaban vivos sufrieron la misma suerte, para atacar a los vivos actuales, es parte de esa tradición. Y es que como decimos, clasificar a la UCA es complicado, si uno quiere partir de posiciones ideológicas o personales demasiado cerradas o sectarias.

La segunda realidad que refleja esta posición ambigua ante la UCA es mucho más simple. La UCA ni es perfecta, ni puede hacer todo lo que se necesita hacer en el país. Tiene que elegir. Y elegir en este mundo complejo es siempre renunciar a hacer otras cosas, que también son o pueden ser buenas. A veces acertamos, como cuando decidimos tomar en serio el tema de la violencia y empezar los primeros estudios sobre ella o sobre las maras, y a veces no entramos en algunos temas importantes, porque creemos que no tenemos tiempo o capacidad. O simplemente, nos absorben de tal manera las actividades en las que estamos que ni siquiera alcanzamos a visualizar la importancia de algunas cosas. Acertamos al aceptar en el IDHUCA el caso de Katya Miranda y al ponerlo como símbolo de impunidad en el país, pero tal vez dejamos de lado algún caso cuya importancia no llegamos a vislumbrar. Somos pioneros en energía solar en El Salvador, la única Universidad

que tiene iluminación de emergencia permanente de este origen, en alguno de sus edificios, pero no hemos cultivado de forma adecuada la energía derivada de la biomasa, aunque estamos comenzando a incursionar en ella. Nos alaba, en ese sentido, quien coincide con nuestros éxitos y se molesta, en ocasiones, el que desearía que investigáramos o hiciéramos lo que a él le gusta. Somos una institución comprometida con la utopía, pero los caminos hacia esa tierra de todos y de nadie son demasiado diversos. Por eso, recomendamos unir esfuerzos en esa dirección, en vez de unificar, de forma dogmática, caminos hacia la utopía.

Evidentemente, estas dos observaciones ante la constante crítica de dos tendencias diversas, no eliminan la necesidad de reflexionar sobre la crítica que se nos hace, ni libera de una actitud de discernimiento constante. En la medida en que la crítica es serena y objetiva, en esa misma medida, aprendemos y mejoramos. Así, hemos corregido algunos errores burocráticos —supongo siempre faltan todavía más por corregir—, y así hemos ido decidiendo nuevos rumbos y acciones.

[...] una Universidad, por su propia esencia, tiene que comprometerse con el fortalecimiento de la sociedad civil, de la cual somos parte. [...] Las universidades, y la nuestra en particular, deben ofrecer caminos de crecimiento común, deben presentar propuestas de desarrollo, que permitan a los más pobres acceder a oportunidades, [...]

La tercera realidad, iluminadora, que contemplamos, es el apoyo de amplios sectores de una ciudadanía consciente y crítica, en los cuales se incluye a una buena proporción de nuestros conciudadanos en pobreza, la cual no deja de crecer en nuestro país. Tener apoyo, sentir que mucha gente nos dice que sigamos adelante nos refleja, a mi juicio, un nuevo fenómeno en El Salvador. El crecimiento de una ciudadanía más consciente, con mayor nivel de conocimiento y crítica política, pero al mismo tiempo, más independiente de los partidos. Una ciudadanía que quiere alianzas con ideas, con una reforma de nuestra democracia, con pasos concretos que enfrenten los problemas de pobreza, violencia y falta de empleo, que con tanta fuerza nos afligen en el país.

Más allá de las críticas o de los apoyos, esta posición ética y utópica, centrada en la realidad de El Salvador y sus problemas, se ha venido realizando en la UCA con una gran generosidad de muchas personas. Una generosidad muy diversa en sus manifestaciones, pero coincidente en sus resultados. Nadie duda hoy de la generosidad de nuestros mártires ni de su eficacia. Pero este modo de ser se fue construyendo sobre la generosidad de mucha otra gente. Personas como el Dr. Arévalo, fallecido hace no mucho, contribuyeron a este modo de ser y construir la UCA. Él, lo mismo que otros todavía vivos, fue ejemplo de autodonación generosa a un servicio permanente y de calidad, durante los casi cuarenta años de existencia de la Universidad. Otros, a veces poco mencionados, en nuestra propia historia,

como el P. Joaquín López y López, fueron indispensables, tanto para que se aprobara el decreto que abría posibilidades de existencia a universidades privadas, como para el crecimiento y desarrollo de la UCA, en sus débiles primeros años. Lo recordamos como mártir de Fe y Alegría, pero debemos recordarlo también como prohombre de nuestra Universidad. Abundan quienes cumplieron en la UCA los 20, 25 y 30 años antes de retirarse por edad. Profesores, secretarías, jardineros, trabajadores de la limpieza, personas, en definitiva, que amaban la institución y que aportaban su grano de generosidad a ella, en medio, muchas veces, de dificultades y miedos. Cuando en 1989 asesinaron a nuestros compañeros y amigas, de nuevo, sin trabajar yo en la Universidad, pude constatar cómo la solidaridad atravesaba las venas de toda la institución. Desde la señora sencilla de la limpieza, Lucía Cerna, quien arriesgó su vida, su seguridad y su futuro por decir una pequeña parte de aquella verdad que entonces se quería enmascarar y pervertir, hasta los profesores y autoridades, que se mantuvieron en su puesto, que se arraigaron con mayor fuerza en la UCA y que le echaron ganas a la tarea de seguir trabajando por la paz, la justicia y sus ideales utópicos. Esos ideales utópicos, construidos desde la inspiración cristiana, vivida al modo de la Compañía de Jesús.

Es esa generosidad la que ha permitido que la UCA se mantenga en pie. No se trata ahora de comparar el presente con el pasado ni mucho menos de decir si hoy somos mejores o peores que antes. Tenemos el mismo espíritu y los mártires siguen siendo nuestra inspiración. La misma generosidad debe ser la que hoy nos mantenga, en épocas diferentes, creando y multiplicando posibilidades de crecimiento humano para nuestro país y para América Latina. Pero para continuar avanzando y creciendo, en esa tarea de hacer más humano y más justo nuestro país, tenemos que construir un modelo. Antes de la guerra civil, la UCA había optado por las reformas como camino de construcción de una nueva realidad. Su apoyo a la reforma agraria del coronel Molina fue fruto de discusiones, a veces muy fuertes. Quienes se oponían, insistían en que la UCA no podía apoyar una reforma insuficiente de un régimen militar, sin democracia real, fruto de unas elecciones espurias, violador de derechos humanos. Quienes defendían la participación de la UCA en la reforma agraria, entre ellos el P. Ibisate, Ellacuría y otros, insistían en que aunque la reforma fuera parcial e incompleta, la participación de la UCA era importante para contribuir a romper la cerrazón de las oligarquías, que veían en una reforma agraria al verdadero diablo. El régimen de Molina no aguantó la presión oligárquica y dio marcha atrás en su reforma. La UCA reaccionó con una posición fuerte, el famoso artículo titulado "A sus órdenes mi capital", y las tensiones con el gobierno subieron de tono, a partir de ese momento.

El otro paso reformista significativo, llamémoslo así, fue el apoyo de la Universidad al golpe de 1969. Un nuevo gobierno que pretendía frenar las posibilidades de una guerra civil y al cual se sumaron, casi diríamos hoy, en masa, muchos catedráticos de la UCA. De nuevo el afán era hacer reformas para evitar el

baño de sangre que la represión oficial auguraba para la población pobre y mayoritaria, que reclamaba sus derechos. De nuevo, el golpe fracasó en su intento, y de nuevo, la UCA se adaptó, en medio de bombas, destierros y persecución a una situación de guerra. La propuesta de una paz negociada y en la cual estuvieran presentes los derechos de los pobres y la opción por la defensa de los derechos humanos, durante la guerra, fue la respuesta radical de la UCA al conflicto, y el itinerario que determinó la muerte de nuestros hermanos y hermanas. Posición que, aunque ahora se alaba, no fue del todo entendida en su momento, pues irritaba enormemente al ejército y a quienes, desde la derecha, deseaban una solución sangrienta y genocida del conflicto. Y en grado menor, sembraba la desconfianza, al menos en sus inicios, en una guerrilla que aspiraba al triunfo revolucionario.

Este paso de la reforma a la radicalidad del compromiso con los pobres, en una sociedad en guerra, marcaba y sigue marcando la dinámica de la Universidad. Ante la propuesta que pueda beneficiar a los empobrecidos de nuestra sociedad, buscamos apoyar. Ante el rechazo de los intereses de los desposeídos, o la marcha atrás en las decisiones que pueden, aunque sea poco, ayudar a nuestros sectores en marginación y exclusión, la UCA se pronuncia por una crítica radical y por su oposición firme.

Hoy, la Universidad está empeñada en continuar con el mismo modo de ser y actuar en tiempos, ciertamente, diferentes, pero siempre duros y difíciles para quienes amamos la democracia con justicia y participación, y para quienes no queremos pobreza ni exclusión en El Salvador. Ya no estamos en guerra y hemos comenzado una serie de procesos de desarrollo diferentes a los de épocas pasadas. De país eminentemente rural e incluso con cierta fuerza expansiva, en la época de sustitución de las importaciones, hemos pasado a pretender ser un país de servicios. Hemos puesto la esperanza en factores que antes no existían, como la maquila y las remesas. Hemos tenido una ayuda internacional importante para fortalecer nuestras instituciones. Pero al mismo tiempo, mantenemos una estructura demasiado individualizada de apropiación de la riqueza, que genera el trabajo de todos y todas. Las diferencias en el ingreso entre el 20 por ciento más pobre y el más rico aumentan sistemáticamente. La carga fiscal, de las más bajas de América Latina, no alcanza para promover un desarrollo sostenible. Y para colmo de males, los impuestos perjudican de forma particular a los más pobres y reflejan una especie de egoísmo institucional y una sobreprotección a quienes tienen más. Las instituciones siguen siendo manipuladas por intereses políticos, por negociaciones no tan interesadas en el desarrollo de El Salvador. La alianza entre poderes económicos, mediáticos y políticos pone en riesgo la participación y vida democrática. Es difícil hacer verdad en casos que tocan determinados poderes, y la elección política y politizada de las autoridades del Estado, que deberían servir de contrapeso al poder tradicional del ejecutivo, convierte a las diversas cortes y tribunales en dependencias obedientes al poder central. Está prohibido, desde los ámbitos que determinan lo políticamente correcto, reflexionar sobre el pasado con sensatez. Y mucho menos se tolera una revisión del

pasado que lleve a la justicia y la reparación de los crímenes del pasado. Es, en la práctica, total la impunidad con respecto a crímenes como el que en estos días recordamos, y muchos otros más, masacres y magnicidios incluidos. Impunidad que continúa siendo una plaga dentro de la violencia que hoy nos sacude y que llega, en algunos años, a ser superior, en el número de muertos, a los que producía la guerra civil, en un tiempo equivalente. Mucho ha cambiado, pero continúan activos mecanismos injustos de apropiación de la riqueza, incluida la corrupción. La violencia sigue presente, aunque sea a través de otras formas, y las causas de la guerra no han sido tocadas a fondo.

Los cambios internacionales han sido también notables. Pero la globalización y otros fenómenos de nuevo cuño, aunque aumentan las posibilidades de desarrollo, han sido utilizados sobre todo por los países con mayor potencial y recursos, y han provocado un crecimiento global de la desigualdad y la injusticia. El mismo esquema se ha repetido con frecuencia al interior de los países pobres, beneficiando a un sector a costa de la mayor marginación y exclusión de otros. Si antes hablábamos de explotados, ahora con frecuencia tenemos que hablar de excluidos. Por otra parte, la universalización mediática de modas, estilos de vida, la comunicación mucho más inmediata de cualquier noticia, el avance hacia lo que ha dado en llamarse la aldea global, hace más presentes las diferencias y provoca reacciones explosivas entre aquellos que son sometidos a pulsiones constantes de consumo y carecen de la oportunidad para satisfacerlas. La globalización ofrece mecanismos de defensa a los pobres, pero también posibilita que los más poderosos se beneficien. Incluso el crimen organizado, o el terrorismo, han adoptado nuevos



estilos y modos de proceder ¿Qué hacer en este contexto tan diferente, por una parte, y tan generador de nuevas injusticias?

Creo que en este contexto, una Universidad, por su propia esencia, tiene que comprometerse con el fortalecimiento de la sociedad civil, de la cual somos parte. Aunque los partidos políticos son indispensables para el desarrollo de la democracia, y para la vivencia y manejo de la misma, están tan determinados por sus propios intereses, por la profesionalización de sus mandos y por las presiones que reciben, que con dificultad pueden responder a los nuevos retos de la realidad. Es la sociedad civil la que, desde su desarrollo, cada vez más amplio, puede dar ideas, trazar caminos e incluso ejercer presiones adecuadas a los partidos, para que nuestras sociedades, países y regiones se orienten hacia un desarrollo humano coherente con ese horizonte utópico y ético del cual hablábamos al principio.

En El Salvador, la sociedad civil todavía es débil. No así la ciudadanía consciente, que cada vez aumenta en número y capacidad crítica. Una mayor unión entre todos los grupos de sociedad civil, un acercamiento creciente a esta ciudadanía crítica, de la cual hablamos, es indispensable para que las cosas puedan cambiar de rumbo. Las universidades, y la nuestra en particular, deben ofrecer caminos de crecimiento común, deben presentar propuestas de desarrollo, que permitan a los más pobres acceder a oportunidades, deben investigar una realidad que necesita mayor verdad, deben desarrollar posibilidades. Por esos rumbos camina el nuevo modelo de acción de nuestra Universidad. No quiero hacer propaganda de la UCA, porque no es ese el estilo de nuestra Universidad —aunque algo de *marketing* hagamos, en estos tiempos que corren—, pero creo que no es exagerado decir que, en puntos fundamentales del desarrollo de tecnologías aplicadas —incluyo aquí las problemáticas sísmica, energética y ecológica—, de la investigación social —la violencia, las migraciones, los problemas del ordenamiento territorial y la vivienda—, de propuesta económica —estudios sobre la canasta básica, sobre el modelo económico, incluidos los tratados de libre comercio, el propio trabajo con la pequeña y la microempresa—, hemos ido marcando rumbo y caminos para el trabajo de otros sectores de la sociedad civil. Otras veces, simplemente hemos acompañado iniciativas de otros, que también las tienen, y buenas. Que se nos reconozca o no este aporte e impulso a la sociedad civil y a la ciudadanía consciente, es otro tema. Pero si hacemos un catálogo de las actividades, los cursos, los seminarios y las investigaciones que se realizan —recogidas, en parte, en nuestra memoria de labores anual—, creo que podemos decir con realismo que estamos ofreciendo caminos de unión, de conciencia y de participación a otros sectores de la sociedad civil. Y estamos contribuyendo a sembrar en ella la conciencia de presionar juntos, de trabajar unidos, de impulsar una sociedad diferente, que aproveche las oportunidades de la modernidad, en favor de la construcción de una sociedad diferente, más justa y más coherente con la vieja afirmación universalista e igualitaria, que nos dice que la humanidad es una, y que la diversidad, en la medida en que no es fruto de la injusticia, no lleva a la oposición y al enfrentamiento, sino a la complementariedad.

Ese difícil equilibrio entre colaboración y crítica sigue siendo el camino. A veces habrá que sentarse a dialogar con el gobierno, incluso colaborar con él, y otras veces habrá que abandonar las mesas del diálogo, cuando este no es más que una prolongación repetitiva de supuestas buenas voluntades que no cuajan en acciones concretas. La exclusión, la marginación y el mal funcionamiento de las instituciones deben ser criticados con acritud y expuestas con claridad ante la ciudadanía. Pero sobre todo, sin buscar protagonismos ni narcisismos estériles, y desde nuestra especificidad universitaria, que investiga, analiza, critica y propone vías de solución de los problemas, debemos impulsar caminos de acción conjunta de la sociedad civil y la ciudadanía consciente, que superen los defectos de nuestra realidad. Desde campañas para desarmar a la sociedad hasta una reforma fiscal más proporcional al ingreso y a la capacidad del gasto. Desde nuevos modelos educativos, universalizados y abiertos a los más pobres, a nuevos usos de energías renovables. Desde la apertura de mayores posibilidades, fuentes y métodos de trabajo hasta formas más exigentes de prevención y mitigación de los desastres. Desde una mejora radical de nuestra institucionalidad, hasta una sociedad más justa, donde la exclusión tienda a desaparecer. Si la sociedad civil débil de El Salvador quiere competir por liderazgos y primicias, es posible que nuestro país se vuelva cada vez más inviable. Si crecemos en unidad y propuesta, la ciudadanía crítica, cada día más numerosa, se unirá a nuestros esfuerzos y presiones, y juntos, lograremos imponer a los partidos políticos, más allá de quién nos gobierne, una agenda nacional de desarrollo coherente con los ideales éticos y utópicos, que hemos mencionado a lo largo de estas líneas, y que, en particular, celebramos como una larga herencia de los cuarenta años de vida de esta Universidad. Este es el nuevo desafío que la UCA enfrenta y esta es la dirección en la cual trabajamos. Y en esta dirección, fruto de nuestra herencia, y según nuestras posibilidades, pues no lo podemos todo, estamos al servicio de la región, del país y de todos y todas ustedes.

San Salvador, 10 de noviembre de 2005.